profunda, neurociencia cognitiva y teoría literaria es genuinamente original en su alcance, aunque no siempre en cada uno de sus componentes. Tercero –y aquí la contribución clínica es real–, Peterson articula con notable claridad la función psíquica de la narrativa religiosa en la regulación del sentido, la ansiedad existencial y la orientación de la acción: en ese terreno, su lectura del episodio de Elías y la *still small* voice como descubrimiento de la conciencia como voz interior de Dios constituye una de las páginas más logradas del libro y ofrece recursos genuinos para cualquier clínico que trabaje en la intersección entre psicoterapia y espiritualidad.

Nosotros que luchamos con Dios es una obra intelectualmente ambiciosa que merece ser leída con el rigor que su propia erudición exige. Peterson propone, en el fondo, que la psicología profunda y la teología narrativa no son disciplinas separadas sino dos descripciones del mismo fenómeno: la lucha del ser humano por orientarse en un universo que excede su comprensión. Esa propuesta, con sus fortalezas y sus límites, tiene el mérito infrecuente de tomarse en serio tanto el texto sagrado como la experiencia interior, sin reducir ninguno de los dos a epifenómeno del otro. En un momento cultural donde la fragmentación disciplinar es la norma, ese gesto integrador tiene un valor que supera sus imperfecciones metodológicas.

Manuel José Rengifo Streeter

La mujer que abrazó la selva. Biografía novelada de santa Laura Montoya Upegui

Carmen Elena Villa Betancourt
Ediciones Paulinas
Colombia, 2026
344 págs.



Existen vidas cuya dimensión simbólica pareciera imponerse por sobre la experiencia humana que les dio origen. La canonización, la memoria institucional o la repetición de ciertos relatos terminan muchas veces fijando una imagen que, paradójicamente, aleja al personaje de los lectores contemporáneos. El desafío de volver a escribir una de esas vidas consiste entonces en encontrar un lenguaje capaz de recuperar los matices de su existencia sin renunciar al rigor histórico. Este es precisamente el aporte que nos entrega *La mujer que abrazó la selva. Biografía novelada de santa Laura Montoya Upegui*, de Carmen Villa Betancourt. El libro propone una reflexión basada en las posibilidades de la escritura narrativa, donde se articulan la investigación y la interpretación para comunicar fluidamente una nueva biografía de la primera santa colombiana.

En las últimas décadas se ha cuestionado la idea de que los documentos sean capaces, por sí solos, de articular un relato, en este caso una vida. Las cartas, diarios, memorias, archivos institucionales y testimonios permiten reconstruir acontecimientos, pero rara vez alcanzan a transmitir la emocionalidad que da forma a la trayectoria de un ser humano. La biografía novelada surge precisamente en ese espacio intermedio: allí donde la investigación documental necesita de la imaginación narrativa para devolver continuidad a una experiencia de vida. La autora asume conscientemente ese desafío, además de dialogar con las biografías previamente publicadas sobre la santa.

En la introducción explica que buena parte de los diálogos provienen de las memorias de la propia Laura Montoya y de otros escritos de su autoría, mientras que otros episodios han sido reconstruidos a partir de documentos históricos, procurando imaginar las circunstancias sin alterar el sentido original de las fuentes. Esta declaración metodológica resulta relevante porque establece desde el comienzo el pacto que sostiene toda la obra: la ficción no reemplaza la investigación, sino que nace de ella.

En este sentido, este género puede convertirse en un espacio para explorar dimensiones de la experiencia que difícilmente aparecen registradas en la documentación. La autora no inventa una nueva Laura Montoya; intenta comprenderla desde dentro, articulando y expandiendo cuidadosamente aquello que los archivos conservan con lo que necesariamente debe inferirse para construir un relato coherente. Esta operación narrativa resulta significativa tratándose de una figura religiosa, ya que no exalta la devoción, sino que sitúa a Laura Montoya como una mujer profundamente creyente, pero también como una persona marcada por la violencia, la pérdida, el rechazo y la incertidumbre. La santidad no constituye aquí un punto de partida, sino una construcción progresiva que se comprende a partir de sus fragilidades. Es una mujer que duda, que experimenta miedo, que debe negociar constantemente con las autoridades eclesiásticas y enfrentar resistencias provenientes tanto del mundo civil como de la propia Iglesia. La autora no oculta sus limitaciones; por el contrario, las incorpora como parte constitutiva de una personalidad compleja cuyo liderazgo se va construyendo progresivamente.

El libro comienza con una escena elocuente: la pequeña Laura reza cada noche por el asesino de su padre. Desde ese episodio inicial se configura una sensibilidad que acompañará toda su existencia. La violencia política, la orfandad, el desarraigo y las dificultades económicas no funcionan solo como antecedentes biográficos, sino como experiencias desde las cuales aprenderá a reconocer y reconocerse en el sufrimiento ajeno.

La novela también ofrece una lectura acerca de la condición femenina en la Iglesia de comienzos del siglo XX. El relato muestra cómo Laura Montoya debió abrirse camino en una institución jerárquica y masculina, desplegando una extraordinaria capacidad de persuasión, creatividad y prudencia. Más que desafiar frontalmente las estructuras de poder, aprendió a moverse dentro de

ellas, encontrando espacios desde donde impulsar un proyecto que muchos consideraban inviable. La tensión permanente entre obediencia e iniciativa constituye uno de los hilos narrativos más interesantes del libro y permite comprender el alcance histórico de su figura más allá de la dimensión religiosa.

A ello se suma un segundo eje de gran relevancia: la relación con los pueblos indígenas. La autora reconstruye el contexto de las primeras misiones evitando reducirlo a una mirada evangelizadora. Sin desconocer el horizonte religioso que orienta la acción de Laura Montoya, el relato insiste en la importancia de escuchar, del aprendizaje mutuo y del reconocimiento de la dignidad de comunidades históricamente marginadas. El título mismo –*La mujer que abrazó la selva*– resume esta disposición a salir del espacio conocido para encontrarse con un mundo cultural distinto, donde la misión supone, antes que nada, observar un ejercicio de presencia, convivencia y respeto.

Precisamente allí se aprecia uno de los mayores aciertos de la escritura de Carmen Villa Betancourt, ya que consigue que el lector comprenda las decisiones de Laura. El interés narrativo no reside únicamente en saber qué hizo, sino en entender por qué llegó a hacerlo. La construcción psicológica del personaje evita cualquier simplificación heroica y revela una personalidad compleja, capaz de sostener profundas convicciones mientras aprende a negociar con estructuras eclesiásticas, enfrentar incomprensiones y desarrollar una notable inteligencia práctica para abrir espacios que parecían inexistentes.

La novela logra mantener un equilibrio constante entre información y narración. La abundancia de antecedentes históricos no altera el ritmo del relato. La alternancia entre escenas dialogadas, fragmentos de las memorias de Laura y la voz omnisciente de la narradora genera una lectura ágil que permite recorrer más de seis décadas de historia sin perder continuidad narrativa. La incorporación de las propias palabras de Laura Montoya, cuya voz autobiográfica introduce momentos de intimidad, permite que el personaje dialogue permanentemente con su representación literaria.

Pero quizás el mayor mérito del libro resida en aquello que no se advierte de inmediato: el trabajo de investigación que existe tras cada página. La lectura fluida tiende a invisibilizar el largo proceso de documentación que la hace posible. Sin embargo, basta revisar las notas para comprender la amplitud de las fuentes consultadas y el esfuerzo por construir una representación documentada y consistente. La novela no pretende exhibir esa investigación. La pone discretamente al servicio de la narración.

En una época en que los archivos han dejado de entenderse como depósitos neutrales de documentos para ser considerados espacios de construcción de memoria, este libro ofrece una contribución interesante, ya que nos recuerda que toda reconstrucción biográfica supone inevitablemente un ejercicio de interpretación y que la escritura constituye también una forma de investigar. Narrar una vida no consiste únicamente en ordenar cronológicamente acontecimientos, sino en descubrir las relaciones que permiten comprenderlos.

La figura de Laura Montoya adquiere así una renovada vigencia. Más allá de su canonización, aparece una mujer cuya trayectoria nos permite dialogar con inquietudes contemporáneas: el lugar de las mujeres en las instituciones, el encuentro intercultural, el liderazgo, la educación, la espiritualidad y la persistencia frente a la adversidad. La autora consigue que estas dimensiones emerjan naturalmente desde la narración, evitando convertir la novela en una ilustración de debates actuales.

La mujer que abrazó la selva demuestra que la biografía novelada puede constituir mucho más que un recurso literario para acercar personajes históricos al gran público. Cuando descansa sobre una investigación rigurosa y una escritura capaz de comprender las posibilidades y límites de la ficción, este género se convierte en una forma de conocimiento. Carmen Villa Betancourt no solo recupera la vida de santa Laura Montoya; propone una manera de pensar cómo las historias individuales pueden volver a ser contadas desde una rigurosa fidelidad a las fuentes y dando cuenta de la complejidad de la experiencia humana. En tiempos en que la memoria histórica exige nuevas formas de mediación entre el archivo y el lector, ese aporte resulta especialmente valioso.

Sandra Gaete Ziebold

Pío XII y la mentalidad tecnológica. Enseñanzas para una nueva era

Pablo Follegati Tefarikis
Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA)
Pamplona, 2024
199 págs.



¿Qué habría dicho Pío XII sobre la inteligencia artificial? ¿Habría visto en ella simplemente un nuevo avance técnico o un síntoma de una transformación más profunda de la cultura? El excelente libro *Pío XII y la mentalidad tecnológica*. Enseñanzas para una nueva era, de Pablo Follegati Tefarikis, invita precisamente a formular estas preguntas. Y la respuesta que emerge de sus páginas resulta sorprendente: mucho antes de la revolución digital, Pío XII había identificado el verdadero problema de la técnica moderna. No consistía en las máquinas, sino en la aparición de una mentalidad tecnológica capaz de reorganizar la comprensión que el hombre tiene de sí mismo, de la sociedad y de Dios.

La tesis central del libro es clara y novedosa. Follegati demuestra que las reflexiones de Pío XII (Papa entre 1939 y 1958) sobre la tecnología constituyen uno